



INTRODUCCIÓN. - OFRECIMIENTO EN CHILE. - PARTIDA DE LAS PRIMERAS HERMANAS. - LLEGADA A VALPARAISO. - VIAJE A ANCUD.

Durante el "Kulturkampf", que principió en Alemania después de la guerra franco-prusiana, nuestra Congregación tuvo que sostener duros combates. En aquel tiempo de lucha se quitaba a los Religiosos sus conventos, se secularizaba la mayor parte de los claustros y se desterraba a sus moradores.

También a nosotras nos arrancaron de nuestras ocupaciones y perdimos una escuela tras otra, las casas que aún nos quedaron estaban constantemente en peligro de verse cerradas en cualquier momento. Las Américas, del Norte y del Sur, hacía ya algunos años que habían pedido varias veces Hermanas de nuestra Congregación. Nuestra amada Rvda. Madre General, Paulina von Mallinckrodt, no había podido acceder a estas peticiones, porque las Casas que íbamos fundando en Alemania, constantemente reclamaban más personal. Con todo, el buen Dios se sirvió de la persecución religiosa en Alemania, para mostrarnos el camino a otros continentes.

Algunas Religiosas partieron a Norte América, - Desde Santa Fé de Bogotá, también habían hecho a la Rvda. Madre General, ofrecimientos muy ventajosos para que nos estableciéramos allí, pero como no era posible reunir en poco tiempo, de las diferentes casas, un buen número de Hermanas para un viaje tan largo, no tuvo lugar la nueva fundación.

En el transcurso de los años 1873 a 1874, preguntaron varias veces a nuestra Rvda. Madre, si quería fundar una Casa en el Sur de Chile, en Puerto Montt y Ancud. Pero, como un asunto de tal importancia no se podía arreglar en poco tiempo por las circunstancias difíciles en Alemania y por el viaje proyectado de la Rvda. Madre General a América del Norte, no se dio una contestación definitiva. Al mismo tiempo, las Hermanas Franciscanas en Kapellen, habían recibido igual ofrecimiento, que, por su parte, aceptaron.

Entre tanto, se habían ya disipado poco a poco los obstáculos que impedían el consentimiento de nuestra parte, y nuestra amada Madre General, que siempre abrigó un interés particular por América del Sur, se inclinó a fundar Casas en esta parte del continente americano.

Cuando la Superiora General de las Hermanas Franciscanas, Rvda. Madre Aloysia Lenders, supo esto, nos cedió aquella oferta, con tanto mayor gusto, cuanto que tenía pocas Hermanas a su disposición, aún éstas habían sido ya pedidas para una Casa en Brasil. Así dispuso el buen Dios las cosas de tal manera que todo se pudiera arreglar favorablemente. Sólo faltaba un Sacerdote que acompañara a las Hermanas en este largo viaje y que tomara a su cargo, en esa lejana tierra el cuidado espiritual de la nueva casa. También en esto se mostró la bondad paternal del buen Dios.

El Señor Obispo de Paderborn, Dr. Don Conrado Martin, nos recomendó para dicho cargo

a un joven y piadoso Sacerdote que unía a su gran conciencia un carácter enérgico. Después de muchos esfuerzos logramos conseguir que nos acompañara en nuestro viaje. Era este Sacerdote, el Rvdo. Señor Capellán Cristián Haus, que adquirió más tarde reputación de muy buen predicador y confesor. Nunca podremos agradecer bastante al buen Dios y al limo. Señor Obispo Conrado, la gracia de haber recibido a este excelente Sacerdote para nuestro socorro espiritual en tierra extranjera.

Los preparativos para el viaje se hicieron en poco tiempo; se tomaron los billetes para el vapor y el 8 de Septiembre de 1874, en la fiesta de la Natividad de la Stma. Virgen, en el expreso de las 5 de la mañana, partieron de Paderborn las 12 Hermanas acompañadas del Rvdo. Señor Capellán Haus. Nuestra buena Rvda. Madre, acompañada de Sor Crisóstoma, quiso, a pesar del penoso viaje, acompañar a las Hermanas a Burdeos, hasta dejarlas en el vapor. Las 12 Hermanas destinadas para Chile fueron: Sor Inocencia Saenger, Sor Lorenza Kochler, Sor Dominica Niesmann, Sor Federica Fleitmann, Sor Digna Lackamp, Sor Hilaria Kerle, Sor Christina Altegoer, Sor Adolfina Hufnagel, Sor Egidia Hufnagel, Sor Honorata Hengstebeck, Sor Eudoxia Bracht y Sor Gonzaga Kreymborg, que escribe lo presente y que fué nombrada como Superiora. Todas las Hermanas se sentían llenas de confianza en Dios y animadas de la mejor voluntad. Seis de ellas eran profesoras y las otras venían destinadas a las ocupaciones domésticas. Algunas de estas habían también adquirido conocimientos de enfermería.

Nuestra amada Rvda. Madre nos había provisto de todo lo necesario para un viaje tan largo, hasta nos procuró un botiquín bastante completo.

Despedirnos de la querida Casa Madre, de nuestras amadas Hermanas, de nuestros parientes, de la patria que nos desterró y, ante todo, de nuestra carísima Rvda. Madre General, era penoso en verdad, pero el pensamiento "Vamos por Dios y con Dios", nos llenaba de consuelo y ánimo.

De Paderborn, pasando por Aquisgrán, llegamos a París en un día. Allí nos quedamos el miércoles. Arreglamos nuestros asuntos con el Cónsul chileno, y visitamos a las Religiosas del Sagrado Corazón, como también varias iglesias. A la mañana siguiente salimos en el expreso a Burdeos, donde llegamos como a las 11 de la noche. También allí tuvimos un día de descanso y el sábado, después de haber asistido a la Sta. Misa, y recibido la Sgda. Comunción, salimos en un vaporcito hasta la desembocadura del río Garona, donde el gran vapor "Liguria", que hacía su primer viaje, esperaba a los pasajeros. Cuando se nos designaron los camarotes, la Rvda. Madre General los repartió entre las Hermanas y nos arreglamos con nuestro equipaje como pudimos.

Como el vapor, por el gran cargamento que debía llevar, no podía partir el mismo día, la buena Rvda. Madre y Sor Chrysóstoma, se quedaron con nosotras todo el día y debieron permanecer allí sin tomar alimento alguno. Cuán agradecidas quedamos por cada hora de alegría que nos procuraba con su presencia. Por fin, a las 9 de la noche, cuando partía el último vaporcito, debimos también despedirnos. La Madre, después de haber besado con maternal cariño a sus misioneras y

de haberlas bendecido en su corazón, se fue con Sor Chrysostoma. Pocos momentos más tarde ya no se podía distinguir por la obscuridad, el vaporcito que se llevaba a nuestra querida Madre. Casi hasta las 12 de la noche siguieron cargando el vapor con bultos y cajones. A la mañana siguiente, 13 de Septiembre, nuestro vapor se puso en movimiento. Pronto nos levantamos para ver una vez más las costas del continente que tienen un carácter enérgico. Después de muchos esfuerzos logramos conseguir que nos acompañara en nuestro viaje. Era este Sacerdote, el Rvdo, Señor Capellán Cristián Haus, que adquirió más tarde reputación de muy buen predicador y confesor. Nunca podremos agradecer bastante al buen Dios y al Señor Obispo Conrado, la gracia de haber recibido a este excelente Sacerdote para nuestro socorro espiritual en tierra extranjera.

Al Rvdo. Señor Capellán se le dio permiso para celebrar la Sta. Misa en el vapor a las 6.30 hrs, Al embarcarnos, nos habíamos impuesto con gran alegría, que 4 Religiosos de la Compañía de Jesús (alemanes) dos Padres y dos Hermanos, hacían también viaje en el mismo vapor a Río de Janeiro. Nuestro Capellán se alegró igualmente por esta agradable compañía. Tuvimos pues la dicha, con muy pocas excepciones, de poder oír la Sta. Misa diariamente. De los tres Sacerdotes, sólo uno podía celebrar cada día, porque no disponíamos para este fin sino del salón de señoras y por una media hora cada mañana, así que los Sacerdotes se turnaban para celebrar la Sta. Misa. Los dos hermanos hacían de acólitos. Así nuestro Señor en su bondad infinita, nos proporcionó la gracia de poder oír la Sta. Misa casi durante todos los días de nuestro largo viaje y de recibir también frecuentemente los santos Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía.

Después de un feliz viaje, desembarcamos en el puerto de Valparaíso el 21 de Octubre. Los demás pasajeros que eran esperados por los suyos, dejaron el vapor lleno de alegría. Nosotras también dimos gracias a Dios con toda el alma, porque habíamos llegado al término de nuestro viaje. Sin embargo, sentíamos el corazón oprimido, pues no conocíamos a nadie en el país y no entendíamos el idioma. Nos resolvimos a comunicar nuestra llegada al Señor Intendente de Valparaíso, ya que viajábamos por cuenta del Gobierno chileno. Sor Dominica y yo bajamos a tierra, para ver donde podrían instalarse las Hermanas. Un comerciante alemán que había hecho el viaje desde Europa con nosotras, se ofreció con muy buena voluntad para conducirnos a la Intendencia, Nos fuimos con él; el Señor Intendente nos recibió un poco disgustado porque no había recibido ningún aviso acerca de nuestro viaje y no sabía qué hacer con nosotras. Determinó entonces que nos quedásemos en el mismo vapor hasta que llegara otro que nos pudiera llevar a Ancud. Nos volvimos pues, Sor Dominica y yo, en nuestro bote de la capitanía al barco. Ya desde lejos vimos a las Hermanas que con todo su equipaje sobre cubierta, esperaban con ansiedad nuestra vuelta. Grande era su alegría, pues creían que al fin se había encontrado un lugarcito para ellas en tierra firme. Les di a conocer las órdenes del Sr. Intendente, es decir que debíamos quedarnos en el vapor y esperar allí una ocasión para seguir viaje a Ancud. Me conmoví intensamente al ver que, conociendo ellas la pena que me causaba traerles una noticia tan desagradable, se mostraron todas tan contentas y alegres y conformes con lo dispuesto, que hasta lo encontraron mejor así. Se alegraron de poder

ofrecer al buen Dios este pequeño sacrificio,

A la mañana siguiente cuando íbamos a desembarcar para visitar las iglesias adorar al divino Salvador en el Stmo. Sacramento, con gran sorpresa vimos que un bote con un Sacerdote y dos Religiosas de hábito blanco se acercaban más y más a nuestro vapor. Estos pasajeros subieron a bordo, nos saludaron muy cordialmente y nos invitaron a alojar en su casa.

Las Religiosas eran: la anciana Madre Provincial de las Religiosas (francesas) de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, y la Maestra de Novicias (una alemana, natural de Paderborn). El Sacerdote, uno de los Rvdos. Padres de Picpus, invitó al Señor Capellán a acompañarle al convento.

Qué grande era nuestra alegría y gratitud hacia el buen Dios y hacia las bondadosas Religiosas. Buscamos apresuradamente nuestro equipaje y partimos con ellas. En el convento fuimos recibidas por todas las Religiosas con la más grande caridad y amabilidad. Nos quedamos siete días con ellas, hasta la partida del vapor.

Al segundo día llegó a Valparaíso para visitarnos el limo. Sr, Obispo de Ancud Don Francisco de Paula Solar, Su Señoría lima, estaba por casualidad, o más bien por disposición divina, en Santiago, donde había recibido noticia de nuestra llegada por comunicación del Sr. Intendente de Valparaíso. Vino pues, personalmente a vernos al convento, nos trató con mucha bondad y preguntó que necesitábamos. Después encargó a un comerciante que comprara todo lo necesario para la casa, como muebles, víveres, etc. todo a cuenta del limo. Señor Obispo.

Como nuestro convento en Ancud aún no estaba acabado, debíamos vivir primeramente en el Palacio Episcopal, que el Señor Obispo dejó a nuestra disposición con todo lo que tenía. Fuera de esto nos mandó además \$ 100,- para gastos imprevistos.

Su Señoría lima, tenía que quedarse aun algunos meses en Santiago. Nosotras partimos el 29 de Octubre en el vapor Perú después de habernos despedido de las buenas Religiosas con los más vivos sentimientos de gratitud. El vapor nos llevó en cinco días a Ancud. El Capitán tuvo la bondad de permitir que se celebrara la Sta. Misa a bordo y nos cedió su propio camarote para este fin.

El 3 de Noviembre por la mañana, llegamos a Ancud, después de haber tenido en la última noche una gran tempestad y de habernos mareado casi todas. Al fin pues, vimos delante de nuestros ojos la ciudad de Ancud con sus casas de madera. Nadie sabía que nosotras llegábamos; pues la noticia de nuestro arribo, comunicada por el limo. Señor Obispo y la orden de que cuidasen de nosotras, la traíamos nosotras mismas. Su Señoría lima, nos había dicho que esperaríamos en el vapor hasta que nos viniesen a buscar. Así lo hicimos, pero a pesar de haber esperado mucho tiempo en vano, no se presentó nadie. Un señor alemán vino a bordo y se ofreció para conducirnos a tierra en un bote. Cuando estábamos muy cerca de la playa vimos una chalupa con unos sacerdotes que venía a buscarnos. Al vernos se volvieron y nos acompañaron a tierra. Aquí nos recibieron el Rvdo, Señor Vicario General Don Evaristo Hinojosa y el Señor Manser, un Sacerdote alemán. Nos llevaron

directamente al Palacio Episcopal, Una multitud de gente que se había reunido al rumor de nuestra llegada, nos miraba con respetuosa timidez.

El Palacio Episcopal que fue durante algunas semanas nuestra habitación, estaba construido de madera y en otros tiempos fue hermoso seguramente. Su plano tenía la forma de un gran rectángulo con dos patios interiores. Hacía sólo 12 años que se había edificado, pero las tormentas y las lluvias casi continuas en esta isla, lo había dañado mucho.

Como el limo. Señor no tenía servidumbre femenina, no había quien cuidara de la casa. Se nos preparó una comida y después nos dejaron solas para que pudiéramos arreglarnos a nuestro gusto. Como nuestro equipaje venía desde Valparaíso en otro vapor, nos prestaron algunos colchones que a falta de catres tuvimos que extender en el suelo. Nuestro primer cuidado en los días siguientes fue limpiar la casa; lavar las ventanas, sacudir las paredes y los aposentos; sacar la hierba en los patios y también arreglar la ropa usada en el viaje.

Nos quedamos en el Palacio Episcopal cuatro semanas hasta que nuestro pequeño convento estuvo concluido y pudimos tomar posesión de él. Durante nuestra permanencia en el palacio recibimos muchas visitas de caballeros y señoras de la ciudad, de Sacerdotes y seglares.

Cuando al fin nos trasladamos a nuestro convento, el 29 de Noviembre de 1874, fuimos conducidas a él solemnemente en procesión. Las señoras de la ciudad muchos caballeros presididos por el Señor Intendente, el clero y una banda de música nos acompañaron. Una multitud de espectadores arrojaban flores durante el trayecto y algunas señoritas arrojaban aguas odoríficas, como es costumbre del país.

La casa fue solemnemente consagrada por el Señor Vicario General. Los Seminaristas cantaron varias hermosas canciones y se pronunciaron también varios discursos, los cuales no podíamos entender, porque eran en castellano. Gracias a Dios que no los entendimos. Después tuvimos que tomar parte en un banquete de honor, que habían preparado en el refectorio para los caballeros, señoras y para nosotras; algunas de las señoritas servían a la mesa. Por fin terminó esta recepción tan penosa para nosotras, y pronto nos encontramos solas en nuestro nuevo convento y de todo corazón le dimos gracias al buen Dios por esto.

En los días siguientes arreglamos una pieza para la Capilla y allí nuestro Capellán celebraba todos los días la Sta. Misa.

Primeramente, nos ocupamos de aprender el idioma castellano y de poner poco a poco en buen estado la casa y el jardín. El Rvdo. Señor Profesor Manser nos dió lecciones de castellano y con mucha bondad nos procuró toda clase de ayuda.

Como el limo. Señor Obispo deseaba que lo más pronto posible nos hiciéramos cargo del cuidado de los enfermos en el Hospital de la ciudad, las Hermanas visitaban muchas veces este establecimiento para informarse de su marcha y organización.

